



ROMANCE,

EN QUE SE REFIERE LA CELEBRADA BATALLA
de Almansa , que ganaron los Españoles , y
Franceses contra el Exercito Austriaco en 25.
de Abril de 1708.

DOS numerosos rebaños
el campo de Almansa corren,
encaneciendo la yerva
con sus inquietos bellones,
que en breves pellas de nieve
dilatado campo esconden.
Anfriso conduce al uno,
Anfriso , gallardo joven,
de quien el pecho hizo blanco
amor para sus arpones;
pues su ardiente rayo hiriendo,
sin que à ninguno perdone
en el mas profundo valle,
como en el mas alto monte;
en los estragos que causa,
sabe ostentar sus rigores.
Guiaba el otro rebaño
Brito , quien no reconoce,
en la altivéz de su pecho,
de amor las jurisdicciones;
pues le informa el corazon
un espiritu tan noble,
un tan bien nacido aliento,
por mas que no se conformen
con su cuna , y su crianza,
que todas sus atenciones
à otra esfera le arrebatan,
donde felizmente lógre,
en vez de alhagos , que abatén,

fatigas , que le remonten.
Uno , y otro Pastor dexan
que bullicioso retoce
por el valle su ganado,
y entre las yervas , y flores,
que una yerva el diente arranque,
que una flor el pie malógre.
Llegaron à saludarse
con aquellas espresiones
tan finas , como sencillas,
que aprendieron en los montes;
urbanidad mas segura,
que la que enseñan las Cortes,
donde detrás del alhago,
áspid la embidia se esconde,
disimulando el veneno,
hasta que el veneno aborte.
Por asiento solicitan,
y para descanso escogen
la basa de una columna,
que en aquel campo se expone
à la admiracion de todos,
pues su materia , aunque indocil,
de los mas diestros sinceles
admitió las impresiones.
Sentados , despues que Anfriso
contó à Brito sus amores,
le pidió que le descifre
los elegantes primores

de



de la entallada columna,
y Brito así le responde.
Para perpetua memoria
de un triunfo de los mayores,
que en este siglo han logrado
los Franceses, y Españoles,
se erigió esta gran Columna,
que el diáfano viento rompe,
que es razon suba à la esfera,
el que no cúpo en el Orbe.
Escuchame, pues, y pendan
por ahora tus atenciones,
dulcemente arrebatadas,
de mi labio, y de mis voces.
El Exercito Austriáco,
cuyo numero componen
las Naciones, que en la liga
contra España están acordes,
para usurparle el Imperio
al blasón de los Borbones:
à Felipe Quinto, digo,
en cuyos elogios rompe
su mayor clarín la fama,
y en tanta estatua de bronce,
que inunda su templo, erige
tantos eternos padrones.
Acampado estaba cerca
de Valencia, jardin noble
de España, que à los de Italia,
ò se iguala, ó se antepone.
Puesto à la vista del Campo
de Franceses, y Españoles,
que el Duque de Berbich manda,
cuyas gloriosas acciones
le coronaron de Dafne
los siempre intactos verdores.
Cada Exercito observaba,
con bien cuerdas prevenciones,
los movimientos del otro,
para que no se malogren

las pausas de la prudencia,
del valór con los furores,
quando en acorde armonía
han de obrar siempre conformes;
pero advirtiéndolos nuestros,
que ázia Almansa se dispone
la marcha del enemigo,
antes que à este Campo aborde,
en él se acamparon, puestos
casi de batalla en orden.
Por aquel pequeño cerro,
que apenas el Orizante
desigualaba, aunque se engríe
con presunciones de monte,
baxaron del enemigo
formados los Esquadrones.
Yá los Campos frente à frente,
gime el parche, suena el bronce,
éste à soplos inflamado,
aquel fatigado à golpes:
rayos, y truenos abortan
los encendidos cañones:
los rayos cruzan la tierra,
los truenos el ayre rompen:
el humo con densas nuves,
que ligeramente corren,
las luces del Sol empañan,
anticipando la noche:
el ave busca su nido,
la fiera se acoge al bosque,
sordo el Eco se retira
al cóncavo de los montes;
horrores, sustos, y espantos
inundan el Orizante.
Solo el miedo no halló entrada
en el Soldado, à quien noble
corazon el pecho alienta,
pues atrevido se expone,
yá à los cortes del acero,
y yá del plomo à los golpes.

Sin

Sin empezar el combate
estaban los Españoles
firmes en el Campo, quando
les envistieron feroces
los Ingleses por el centro:
el cuerno derecho entonces
de los nuestros, acomete,
en cuyo primero choque,
del enemigo al siniestro,
la primera linea rompe,
llegando hasta la segunda:
ésta atrevida se opone
con tanto valór, que puso
à nuestra Tropa en desorden,
haciendola que volviese
precipitada, hasta donde
su linea segunda estaba,
con cuyo gobierno corre
el Cavallero de Asfelt,
quien la havia con tal orden
dispuesto en varios espacios,
que por entre ellos se acoge
detrás la primera linea,
sin que la segunda estorve.
Animó Asfelt sus Soldados,
diciendo en bien altas voces:
Firmes Españoles mios,
que es ardid, no fuga torpe,
la que retira à los nuestros,
para coger en desorden
al enemigo que sigue.
Lograron sus intenciones
el fin que se proponían,
pues firmes los Españoles
de aquella segunda linea,
y reparados entonces
los de la linea primera,
recibieron en buen orden,
y con fuego tan horrible,
los contrarios Esquadrones,

confusamente mezclados,
que los derrotan, y ponen
en fuga precipitada.
¡ Oh, ardides de guerra nobles,
en que el valór, y prudencia
se disputan las acciones!
El centro del enemigo,
encendido à los ardores
del valór de su derecha,
y vigorizado entonces
con los Cavallos, è Infantes,
que sin tino, guia, ò norte,
reliquias de esta derrota
à sus espaldas se acogen:
el centro del enemigo,
dicen otra vez mis voces,
embistiendo al nuestro, hizo
que Franceses, y Españoles,
casi hasta cerca de Almansa
retrocedieran al choque,
rotas sus primeras lineas,
con bien fundados temores
de perder esta batalla,
que aunque la espalda no exponen
al peligro con la fuga,
cedían à los furoros
del brío de los contrarios.
En tan gran conflicto el noble
espíritu de Berbich,
que del susto no conoce
el macilento semblante,
por reparar el desorden,
introducido en su centro,
que se divida dispone
en dos Cuerpos con dos caras,
entre cuyos Batallones
cogiesen los enemigos,
dando al mismo tiempo orden,
de que sobre sus espaldas,
espada en mano se arrojen

dos



dos valientes Regimientos
de à Cavallo, cuyo golpe
por fuerte, ò por impensado,
soprendió los corazones
de tal suerte al enemigo,
que yá puestos en desorden
sus Soldados, y ceñidos,
por todas partes entonces
con los dos Cuerpos del centro
de nuestras Tropas, los rompen,
los abaten, y atropellan,
quedando al humór, que corre
de tantas abiertas venas,
yá de brutos, yá de hombres;
de este dilatado Campo,
esmaltados los verdores
de rubíes, que los matíen,
de granates, que los borden.
Declarada la victoria
yá por nuestros Españoles,
en el centro, y la derecha,
solo falta que derroten
enteramente al contrario,
para que el triunfo se logre.
Su ala derecha, y la izquierda
de los nuestros, que hasta enton-
aun no havían peleado, (ces
se traban en duro choque,
y en tan sangriento combate,
que en cadaveres se esconde
el campo de la batalla;

mas al fin los Españoles,
à costa de mucha sangre,
à los enemigos ponen
en tan deshecha derrota,
que yá à la fuga se acogen,
derramados por los campos,
y escondidos en los bosques.
Esta, pues, fue la famosa
batalla de Almansa, donde
el Exercito Austriaco
perdió diez y ocho mil hombres
de muertos, y prisioneros,
sin contar los desertores.
Estandartes, y Vanderas,
Armas, con veinte cañones,
y un rico Botin quedaron
por triunfo à los vencedores.
Esta cumplida victoria
pública con mudas voces,
que articulan los sinceles
en marmoles vividores:
esta famosa columna,
en quien todos los primores
se compendiaron del arte,
para admiracion del Orbe.
Aquí dió fin Brito; y viendo
que yá sobre el Orizonte
se hacen dudosas las luces,
ni bien dia, ni bien noche,
ázia sus pobres apriscos
los dos rebaños recogen.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid en la Imprenta de Antonio Marin,
año de 1770.